SOVIETBORGS



Píxel a Página

ALFONSO
M. GONZÁLEZ

SOVIETBORGS

Retro Sumus &
SEGASaturno Productions
2026

Esta es una obra de ficción inspirada en el universo y los personajes creados por Retro Sumus para su videojuego original. Todos los personajes, situaciones y escenarios han sido adaptados libremente para esta novela.

Cubierta: Autor por contratar
Corrección: Iván Tovarisch
Edición y maquetación: Alan Dick, Jr.

Primera edición: ¿2026?

Colección Píxel a Página nº 1

www.segasaturnoproductions.com
www.retrosumus.com

ISSN: En trámites
ISBN: Pendiente
Depósito legal: B 16522-2026
Preimpresión: Printcolor
Impreso en España

CAPÍTULO PRIMERO

—¿Cómo fue, abuelo? Cuéntame otra vez cómo sobrevivimos al fin del mundo.

Vladimir, el hombretón de setenta y dos años que aparentaba casi noventa, la miró con comprensión y esbozó una sonrisa cansada.

—Ya te lo he explicado muchas veces, Nadia. Cuando yo era joven, Occidente nos traicionó con una acción muy mala. Querían destruir nuestra querida patria rusa, pero nosotros resistimos.

Nadia Buronowsky, menuda y de una piel extremadamente blanca, era muy astuta y aplicada; no podía evitar cuestionarse todo lo que le enseñaban en el colegio.

—Eso fue en 1989, ¿verdad, abuelo?

—Sabes que sí. El 9 de noviembre de 1989 fue cuando esos imperialistas americanos llegaron al colmo de su fanatismo. Intentaron lanzar sus armas nucleares sobre nuestro país.

El apartamento era pequeño y modesto, con la pintura de las paredes agrietada y descascarillada. El suelo de linóleo solía crujir con cada movimiento. La luz de la tarde de esa barriada de Leningrado, filtrada por la cortina, entraba por la ventana del salón e iluminaba la mesa de madera en la que la pequeña y su abuelo compartían una lata de refresco Baikal.

—Pero ¿por qué no lo lograron, abuelito? ¿Por qué, en lugar de acabar con nosotros, se destruyeron a ellos mismos y acabaron con todo su mundo capitalista?

—Lanzaron sus misiles contra nosotros, pero nuestra patria resistió. Gracias a la valentía de nuestros soldados y a la tecnología soviética, sobrevivimos. Occidente fue destruido por su propia maldad.

Nadia huyó de sus dudas mirando hacia la pared. Un icono ortodoxo y un calendario de 2014 con la imagen de Tovarisch-Prime, su rostro digital sereno sobre fondo rojo, recordaban la unidad y la obediencia.

—¿Y por qué ahora…? —empezó a decir Nadia, pero se quedó callada.

—¿Por qué qué, pequeña?

—No sé… ¿Por qué ahora la gente no es más feliz? Si los malos ya perdieron, ¿no?

—El precio a pagar por nuestro mundo es alto, Nadia. Los *prizráki*[1] de los capitalistas aún vagan en la Tierra. Y aunque las armas no impactaron en nuestra patria, el daño colateral existe.

Miró a su abuelo con cara de no entender del todo, pero se quedó callada.

—No insistas demasiado con esto —le recomendó Vladimir, acariciándole la mejilla con el dorso de sus ásperos dedos—. No es bueno que saques este tema si no es conmigo, ¿de acuerdo?

Ella asintió, fingiendo estar convencida. Acabó el poco refresco que quedaba y fue a ojear el libro ilustrado que había dejado sobre el sofá.

—¿Qué cuento es ese? —quiso saber Vladimir, contento del cambio de atención de la pequeña.

—Basilisa la Bella —respondió, mostrándole la portada.

—Perfecto. Seguro que te gusta.

Nadia miró de reojo al anciano, que tenía la salud muy delicada. No quería enfadarle ni importunarle. Aunque aquel antiguo cuento lo había leído muchas veces, hizo ver que lo disfrutaba de nuevo con atención, para complacerle.

---

(1) Palabra rusa que significa "fantasmas" o "espectros".

Sabía que aquello era solo ficción, una historia inventada para niños como ella.

Y también sabía que los cuentos podían estar en todas partes. Incluso para los adultos.

Como toda esa historia que le había relatado su abuelo.

Y todo lo referente a los Sovietborgs.

* * *

El zombi reventó delante de Grom-7. Cuando se les disparaba desde una distancia tan cercana, esas paródicas criaturas simplemente se desmembraban en un estallido de sus flácidos tejidos. El Soviet Borg que había acabado con él no se había alejado mucho de sus dos compañeros. Siempre actuaban en grupos de tres y rara vez se distanciaban tanto como para perder el contacto visual.

Grom-7 enfocó su ojo robótico por encima de las rocas de aquellas ruinas y pudo ver a Krasny-4. No necesitó hacer uso de su vista potenciada: con la normal pudo divisar, a su derecha, a Volna-9. De esa forma, tenía localizados a sus dos camaradas.

Él era un Soviet Borg bastante impresionante. Como cada miembro de ese ejército de élite rojo, era una unidad mitad hombre, mitad máquina que

destacaba no solo por ese inusual hecho. Su casco rojo ocupaba gran parte de su cabeza y solo una zona en la boca quedaba visible, como último vestigio de su humanidad. Su mandíbula pronunciada parecía de granito, pero era de volgarit, lo más duro de la tecnología de la URSS en ese momento. En definitiva, era un titán carmesí.

Los restos del zombi, deshechos, habían caído en un charco donde pudo contemplar su propio reflejo con claridad. Grom-7 no solía verse a sí mismo. Por supuesto, no se miraba precisamente al espejo por las mañanas, y la conciencia de su propia apariencia era más bien imaginada y extrapolada a partir de cómo eran sus propios compañeros —Krasny-4 y Volna-9, sobre todo—, pero también otros Sovietborgs que en ocasiones había visto.

Movió su brazo-cañón mirando a su propia imagen proyectada en el agua, de un modo infantil, como si se asegurase de que lo que le devolvía el reflejo era realmente él. Todo su cuerpo era una armadura viviente roja de alta tecnología. Estaba formado por una mezcla de acero y tungsteno en las placas principales, para resistencia y protección radiológica. Sabía que tenía aleaciones adicionales de bismuto y creía recordar que compuestos de sulfato de bario en las zonas críticas, todo para bloquear la radiación sin añadir toxicidad.

Y es que un Soviet Borg era, de hecho, un prodigio viviente para resistir la radiación causada por los misiles nucleares americanos detonados años atrás. Grom-7 no sabía si estar orgulloso o resignado por haber sido dotado de esa habilidad. Contaba con refuerzos internos, estructuras de hormigón reforzado y polímeros especiales en los módulos fijos. Básicamente, ellos eran las únicas unidades operativas que podían sobrevivir en ese infierno postapocalíptico.

—No quedan más desperdigados, ¿verdad, *tovarisch*?

Era la voz de su compañero de unidad, Krasny-4, que le gritaba a lo lejos. Podían usar el comunicador interno, pero en muchas ocasiones preferían hablar directamente, como si el eco de sus voces les sugiriese que tal vez seguían siendo humanos.

—¡Afirmativo! Parece que tras acabar con las últimas puertas-portales ya no quedan más malditos zombis.

Grom-7 recorrió con sus ojos ese paisaje arrasado. Las ruinas se alzaban como cicatrices en la tierra, torres de hormigón y acero retorcido, cubiertas de óxido y maleza reseca. El aire vibraba con una neblina verdosa, cargada de radiación, que teñía el cielo de un tono enfermizo. Aquí y allá, charcos de agua estancada reflejaban el resplandor siniestro de la radioluminiscencia.

El terreno se hundía bajo sus botas —una mezcla de escombros y cristales rotos—, mientras los restos de los portales destruidos humeaban levemente, hematomas negros en el suelo en el lugar donde poco antes emergían las hordas de zombis radiactivos. A lo lejos, antenas derrumbadas y cables pelados languidecían en los edificios, y el zumbido de la electricidad residual cantaba como un susurro de otro mundo.

Volvió la vista hacia Volna-9, el miembro femenino del equipo. Una Soviet Borg, tan natural en la nueva sociedad socialista como cualquier otro soldado. «La mujer es tan capaz como el hombre», rezaban los carteles del Ejército Rojo, y el particular programa de miembros de élite «limpiadores» era la prueba viviente. Grom-7 había escuchado —y visto— que las heroínas defendían la patria con el mismo valor y tecnología que sus camaradas varones.

Ella estaba de espaldas, agachada inspeccionando los cascotes y la herrumbre de aquel paisaje desolado. Los últimos destellos de un día marchito, luchando entre la neblina radiactiva, perfilaban el contorno de sus piernas, modeladas por la armadura de volgarit y acero, un material tan duro como sugerente bajo la luz mortecina. El diseño de la coraza, funcional y estilizado, realzaba la potencia y la gracia de su figura; una mezcla de fuerza robótica y elegancia femenina.

Grom-7 desvió la mirada, sorprendido por ese destello de humanidad que le asaltó y le inquietó a partes iguales.

El silencio solo se rompía por el crujido de los escombros bajo las suelas de Volna-9 y el zumbido residual de los portales ya inertes. No quedaba ni rastro de los zombis; solo la soledad y el peso de la victoria, estéril en un mundo donde la catástrofe nuclear había borrado casi todo vestigio del pasado por aquellos lares.

—¿Son caballos? —preguntó, incrédulo, Krasny-4, que se había acercado a Grom-7. Señalaba un punto—. ¿Era una condenada estatua con caballos? ¿Y qué demonios es eso?

Grom-7 no supo qué responder. Sabía que esa misión tenía lugar en una antigua colonia humana del cuadrante 343, pero no se había molestado en recabar detalles, irrelevantes para ellos.

—Era una cuadriga de cobre —le contestó Volna-9, con aplomo, ya a pocos pasos de ellos—. O sea, caballos tirando de un carro. Y esa cabeza medio fundida y abollada debía de ser la diosa Victoria.

Los dos Sovietborgs varones asintieron en silencio.

—Nunca miráis los datos complementarios —les reprendió ella—. Esto era la Puerta de Brandeburgo.

Grom-7 bajó la cabeza. No tenía ni idea de a qué demonios se refería. Su mirada se perdió en un cartel

turístico ajado y cubierto de polvo, tirado en el suelo, arrancado de una pared. Sobre el fondo desvaído aún se leía, en letras grandes y coloridas, un eslogan de antaño:

«Entdecke Berlin – Descubre Berlín»